

de Klopstock: «dulce sueño en el cual no creo.» El que profundizaba un poco, observaba la diversidad de opiniones, la dura resistencia de los antiguos elementos y la falta de energía y de consecuencia en todos los esfuerzos intelectuales. Las corrientes de la ilustración ateraban á los hombres de Estado y de Iglesia. María Teresa apoyaba á la Iglesia ortodoxa y á la antigua autoridad contra la libertad de conciencia; rechazaba la ilustración moderna y con ella toda la tendencia intelectual de su tiempo, mientras que José defendía la tolerancia religiosa, la igualdad de derechos para los pro-

testantes y la anulación de todos los privilegios políticos. José no hablaba nunca en sus cartas del antiguo derecho y del noble pasado, sino «de seguir las reglas del sano criterio, de la lealtad y del deber y los impulsos de la naturaleza.» En la corte, las disidencias entre madre é hijo permanecían ocultas; pero en las altas esferas sociales, lo propio que entre el pueblo, subsistía la lucha secreta y abierta por la divergencia de opiniones, aun despues que se hubieron cerrado «los dos ojos» y que con el reinado de José II brotaron por doquiera los frutos de la ilustración.

LIBRO TERCERO

JOSÉ II (1780 á 1790)

I. JOSÉ Y SUS MINISTROS

Persona y vida privada de José II.—Sus pretensiones.—Ideas políticas y eclesiásticas.—El canciller de Estado, príncipe Kaunitz.—El conde Chotek y Zinzendorf.—El Consejo de Estado.

La entronización de José II se verificó tan sencilla y tranquilamente como si ninguna modificación hubiese ocurrido en el poder supremo. La muerte de María Teresa fué notificada oficialmente tres días despues de haber ocurrido y la toma de posesión del gobierno por José lo fué en 9 de diciembre y en forma de rescripto que ordenaba á los ministros continuar despachando los asuntos sin «variación alguna (1).» El principio monárquico «el rey ha muerto ¡viva el rey!» existía en Austria; mas para el Estado en general no había coronación ni se prestaba homenaje. En las provincias alemanas, en Milán y en los Países Bajos los Estados prestaban el juramento al gobernador; en Bohemia y en Hungría, la Constitución ordenaba la prestación del homenaje personal; pero José vió en todo esto una nueva forma político-religiosa y se apartó de ella, manifestando en una carta que dirigió á los comitados húngaros que confirmaba á todos los funcionarios en sus puestos, así como los derechos y privilegios húngaros (2). De la Dieta del reino y de la coronación no se hizo mención alguna. La co-regencia de José no había levantado oposición; fué despues reconocido como soberano y rey legítimo; el pueblo austriaco y aun el húngaro mostraron gran confianza en él, y los poetas de circunstancias se apresuraron á pronosticar «la alegre perspectiva del reinado de José II.»

A las ruidosas fiestas que se habían celebrado durante el invierno de 1779 á 1780, sucedieron en la corte, en los primeros tiempos de José II, el silencio y la tristeza: todo el mundo estaba admirado de que nada aconteciera y de que el emperador no pareciera interesarse siquiera por las cuestiones militares. No había revistas ni maniobras; solo se permitieron, desde el día 24 de diciembre, las representaciones teatrales y la música en los espectáculos públicos, fundándose José para ello, como escribía al canciller supremo, en que «la verdadera aflicción no consistía en demostraciones exteriores y en que no era justo privar de sus beneficios á muchas personas.» El emperador solo parecía ocuparse en poner en

(1) Gaceta de Viena, 2, 9 y 30 de diciembre de 1780. Salía á luz dos veces á la semana.

(2) 30 de noviembre de 1787.

órden la herencia de María Teresa, que se encontraba en un espantoso desorden. Como quería ante todo ser señor en su casa, obligó á sus hermanas Mariana é Isabel á que salieran de Viena y en efecto la primera se trasladó á Klagenfurt, donde se le había preparado una residencia, y la segunda á Innsbruck, donde, siguiendo la voluntad de María Teresa, entró de abadesa en un monasterio. «Las princesas, decía José en una órden dirigida al canciller, vivirán privadamente y no se tomará en cuenta, bajo ningún pretexto, ninguna recomendación suya para cargos eclesiásticos ó civiles.» También pareció molesta al emperador la compañía del archiduque Maximiliano, de suerte que este se retiró á su residencia de Mergentheim. José mantuvo más cordiales relaciones con sus hermanas de Francia y de Nápoles, y mostró siempre gran confianza á su hermano Leopoldo, gran duque de Toscana, á quien por lo menos al principio daba cuenta de todos sus planes políticos, de los resultados de su gobierno y de sus inclinaciones y placeres, con una franqueza y un abandono que no suelen verse entre un soberano y el futuro sucesor de la corona. Ya en 1781 le manifestó que le consideraba á él y á su primogénito, el archiduque Francisco, como sus más próximos herederos (3). En 1784, cuando José visitó la Toscana, se trató seriamente del llamamiento del archiduque á Viena y de la futura unión del Austria y la Toscana, de la permuta de los Países Bajos por la Baviera y de los progresos que habían de realizarse en la política interior. El gran duque se inspiraba en las mismas ideas, y al principio, se sometió á la voluntad de su hermano, pero pronto reinó entre ellos divergencia de opiniones, quejándose Leopoldo de que solo le habían enterado á medias del asunto. Al saber José algo de lo que decía su hermano, le escribió (4): «Si opinas de distinto modo que yo, dímelo con toda franqueza: me gusta que todos me digan la verdad y tú mas que nadie, porque ella me demostrará tu penetración y tu amistad.»

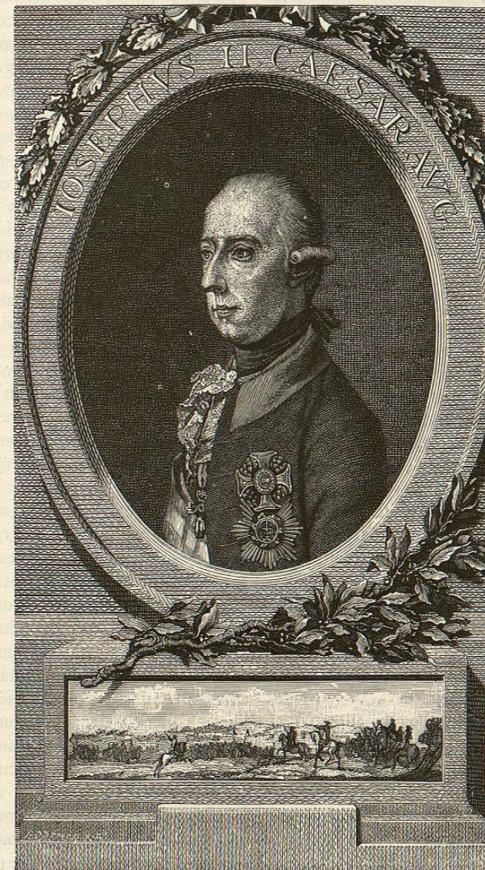
José II contaba entonces (1780-1781) cuarenta años y era todavía un hombre hermoso, de buena presencia, de regulares proporciones, de mirada franca, elevada frente y ojos de un azul tan bello, que se puso de moda el color «azul de ojos del emperador.» Su cabello era castaño claro, pero la prematura calvicie le obligó á usar peluca desde 1785. Comúnmente vestía el uniforme de su regimiento y en sus

(3) «Car le cas est très éloigné de mon mariage et d'avoir des enfants.» José á Leopoldo 23 de enero de 1781. Armeth, *Correspondencia*, I.

(4) 30 de setiembre de 1787.

viajes usaba el traje del ciudadano alemán, con sombrero y botas. Su salud se resentía de algunos achaques de escasa importancia: así en 1781 y en 1782 padeció una inflamación en los ojos y en 1784 una erisipela; tenía frecuentes catarros, y en 1787 se le desarrolló la enfermedad de pecho que le llevó al sepulcro. A pesar de esto, mostraba una actividad sin igual: hablaba mucho y bien y con una espantosa rapidez: preguntaba mucho, pero algunas veces no esperaba á que se le contestara. Siempre estuvo viajando; en 1781 visitó los Países Bajos y la Francia; en 1783 y 1784 la Italia; en 1786

la Hungría y la Galitzia; en 1787 la Crimea y en 1788 los campamentos de Hungría y Bohemia, presenciando las negociaciones y las maniobras. Confiaba demasiado en su salud y Kaunitz tenía que recordarle á menudo su deber, como soberano, de cuidar de su salud. La reina de Francia le escribió en 1780: «Cuidaos y conservaos, que todo esto nos debeis.» Vivía como un simple oficial y no le quedaba apenas tiempo para comer ni para dormir. «Procuró salir todos los días, escribía en 1781, á su hermano, y mi vida es metódica; trabajo desde las siete de la mañana hasta las dos



José II, emperador de Austria. Retrato sacado de un grabado en cobre de J. Adam

de la tarde y luego salgo á paseo; á las cuatro, como; luego vuelvo á trabajar hasta las nueve; tengo tertulia hasta las once y en seguida me acuesto; y así todos los días.» De nada le servían los cocineros de la corte: una cocinera le preparaba algunos manjares y comía tan precipitadamente, que en una comida en que tuviera convidados no pasaba más de media hora. No bebía mas que agua: raras veces probaba el vino. Ningún príncipe de su época fué menos aficionado que José á la disipación y á los placeres de la vida. Fué el primero de su familia que abandonó el antiguo lujo y que acercó el trono al pueblo. Al comenzar su reinado prohibió los grandes títulos y no permitió que se le besara la mano ni que se doblara la rodilla ante él «porque esto, decía, solo debe

hacerse ante Dios.» Suprimió la costumbre de que los guardias de corps nobles, cabalgasen al lado de los coches de la familia real; limitó á 36 el número de gentiles hombres de cámara y con frecuencia les relevaba de sus servicios. En un principio, mostróse aficionado á la caza; pero renunció á esta diversión desde que en 1784 le atacó, en el Brigittenau, un ciervo herido.

En el palacio de Viena habitaba los aposentos llamados departamento leopoldino: su gabinete de trabajo, el de la chancillería y las oficinas del Consejo de Estado estaban contiguos. En el curso del día salía con frecuencia de su gabinete y bajaba al entresuelo, á las llamadas oficinas de la intervención, donde daba audiencia á personas de todas clases y

recibía los memoriales. Estas oficinas fueron teatro de muchas anécdotas, todas ellas referentes al emperador José. Durante la primavera y el verano residía en Augarten y en Laxemburgo, con preferencia á Schönbrunn, á donde iba siempre de mala gana. Augarten era un silencioso bosque muy apartado de la ciudad, donde á la intermediación del pequeño palacio, llamado la antigua Favorita, había hecho construir un nuevo edificio que lleva el nombre de «pabellón del emperador ó pabellón de José.» Todas las primaveras pasaba allí algunas semanas, paseando por aquellas espesas alamedas; daba pequeños banquetes, y los domingos discurría en medio de la muchedumbre que allí solía reunirse en aquellos días. Durante el rigor del verano, trasladábase al hermoso Laxemburgo, residencia que le agradaba mucho, porque allí había pasado lo mejor de su vida y tenido sus sueños de amor, felicidad y paz, y sus más ardientes deseos. En aquel palacio recibía como un simple noble á sus huéspedes, damas y señores de la sociedad vienesa, caballeros de la corte y embajadores, celebrándose, como en tiempo de María Teresa, reuniones, representándose comedias, cantándose óperas y verificándose juegos de toda clase. Los embajadores extranjeros quedaban sorprendidos al ver al emperador en animada conversacion con sus huéspedes. No se veían allí ni pajes, ni gentiles hombres, ni guardias de corps. A la mesa se sentaba cada cual donde mejor le parecía; y muchos decían que no había en Europa ninguna corte en que se encontrara el concurrente tan libre y tan á gusto y en que el soberano diera á todos sus huéspedes tantas muestras de bondad y prodigara tantas atenciones como en la del emperador José. Esto no obstante, las damas de la aristocracia austriaca, acostumbradas en sus posesiones á la independencia, encontraban que ese «paraíso terrenal del Laxemburgo» era bastante aburrido.

Pocas personas de familias reinantes visitaron á Viena durante el reinado de José II. En noviembre de 1781, encontráronse allí el gran duque ruso Pablo y su esposa con la familia ducal de Wurtemberg-Mömpelgard y á Viena volvieron otra vez en octubre de 1782, después de un viaje por Italia, permaneciendo allí hasta enero de 1783. El emperador dió en su obsequio, en el invernadero (*Orangerie*) de Schönbrunn, en 25 de noviembre de 1782, una gran fiesta á la cual concurrió toda la aristocracia de Viena. José, al proceder así, pensaba en la zarina y en la alianza con Rusia, pero pronto hubo de reconocer que era imposible todo lazo político de union con el gran duque, por cuya razon cesó muy luego hasta la correspondencia. Menos conocida es la permanencia en Viena del duque Carlos de Wurtemberg y de la princesa Francisca de Hohenheim, á quien José había conocido en su viaje de 1777. Estos príncipes visitaron á Viena en mayo de 1782, después de la salida del Papa; y el emperador les enseñó la capital y el Laxemburgo y les introdujo en los pequeños círculos aristocráticos. En enero de 1785 verificóse el enlace del duque con Francisca. Para dar fuerza y consistencia á la alianza rusa, había pedido José para el archiduque Francisco la mano de la joven princesa de Wurtemberg-Mömpelgard, hermana del gran duque ruso, familia á la cual había conocido en 1781, durante su viaje á Montbeliard. La princesa fué, en el otoño de 1781, á Viena con sus padres, y allí se desposó con el archiduque. En octubre de 1782 volvió á Viena, esta vez para quedarse definitivamente, viviendo, en un principio, con las monjas salesas del bajo Belvedere que debían completar su educacion. Era entonces la princesa una niña: contaba quince años, y no se distinguía ni por su robustez ni por su inteligencia. Después más desarrollada, se hizo más hermosa; su fisonomía tenía muchos atractivos; sus ojos eran azules y su

cabello de un color rubio bellissimo. Pocos años después, en agosto de 1784, el gran duque de Toscana llevó también á su primogénito á Viena, para confiarle por completo al emperador, el cual encontró al joven archiduque, que contaba entonces diez y seis años, sano, desarrollado, no falto de conocimientos, pero indolente y apático para todo lo que eran placeres y diversiones. Manifestó la esperanza de que aquel joven sería apto para los negocios y que podría hacerse de él un carácter enérgico y excelente; y en esta creencia, formuló en una memoria los principios que habían de servir de base á la educacion y á la enseñanza del futuro heredero de la corona (1). En 6 de enero de 1788 se celebró al fin el enlace del archiduque Francisco con la princesa Isabel; pero el archiduque hubo de separarse, al poco tiempo, de su esposa para tomar parte en la guerra (2).

Fué famoso el trato del emperador con las cinco mujeres que, durante una generacion, dieron el tono á la aristocracia vienesa. Estas mujeres eran, las princesas Clara, Kinsky, Leopoldina y Leonor de Liechtenstein y la condesa Leopoldina Kaunitz. Todas ellas estaban casadas, eran virtuosas, devotas y aficionadas á los placeres, y desde 1768 formaban durante el invierno un pequeño círculo, en el cual solo eran admitidos Lacy, el conde Rosemberg y el emperador. Este, antes de 1780, solo entraba en él por condescendencia; pero después de aquella fecha fué el alma de aquella reducida sociedad. Durante algun tiempo, desde 1771 á 1772, había sentido el emperador una gran inclinacion hácia la princesa Leonor de Liechtenstein; pero no pasó de aquí, convirtiéndose después en una cordialísima amistad. En estas reuniones nunca se jugaba; pocas veces había música; y era muy raro que el emperador diese en ellas cuenta de sus reformas, pues todas aquellas damas á excepcion de la princesa Clara, eran hostiles á sus tendencias políticas y religiosas (3).

En el contacto y movimiento de la vida pública no se mostró José menos sencillo que su gran adversario Federico II, que vivía separado de su esposa y á quien la muerte había arrebatado sus mejores amigos. José no tuvo ningun perro, animal que tanto gustaba al anciano Federico, mostrando, en cambio, gran aficion á los caballos hermosos y bien adiestrados. A menudo se presentaba por la mañana en la escuela imperial de equitacion, y presenciaba cómo se adiestraba á los caballos. José era un excelente y atrevido jinete. Federico II había renunciado á la flauta y á todas las diversiones músicas, mientras que José daba sus pequeños conciertos familiares, en los cuales tocaba el violoncello y la viola, mostrándose excelente músico y hábil ejecutante. Su trato con poetas, músicos y cantores, como Mozart, Dittersdorf, Kelly y la cantatriz Storace, nos manifiesta el lado propiamente poético y agradable de su existencia. Sabía estimular á los talentos creadores: cuatro óperas de Mozart fueron debidas á sus excitaciones; se había formado en la tradicion de la música italiana, y á ella se mantuvo fiel toda su vida, fomentando el baile y la ópera italiana, y fundando con «los juegos de canto nacionales,» la ópera alemana. Dedicó también especial atencion al teatro: el de la casa imperial creció en importancia desde que en 1776 José le declaró teatro de la corte y nacional, y destinó á él importantes sumas. Representáronse entonces las mejores producciones alemanas, tales como *Minna de Barnhelm*, del «señor consejero de justicia, Lessing,» *El hermano y la hermana* y *Clavijo*

(1) Arnetz, *Correspondencia*, I, Introduccion, 24. Apéndice V.

(2) Weyda, *Cartas al archiduque Francisco, de su primera esposa Isabel*, 1870. Archivos para la historia del Austria, 44. Memorias de la Real Academia de ciencias.

(3) A. Wolf. *Princesa Leonor Liechtenstein*, 111.

en 1786; y en 1787 el mismo emperador dirigió la representacion de *Fiesko*. José no ocupaba casi nunca el palco de la corte, sino el tercero junto á la escena. Cuando regresaba de un viaje, el público le recibía con aclamaciones y aplausos, y él se levantaba en el palco para saludar y dar las gracias.

Indudablemente José, en medio de su rudeza y de su falta de consideracion, era amable en extremo; se ganaba la voluntad de cuantos con él trataban, siendo celebrado en prosa y en verso como el «soberano amigo de los hombres.» Era enérgico, rudo y á menudo duro, pero siempre se mostraba bondadoso para con los pobres y los vasallos. Los problemas de la vida mística, la investigacion científica, la poesía delicada, y el soñador idealismo no se avenían con su carácter: solamente lo práctico y lo útil encontraban en él buena acogida. Sus cartas, como su carácter, no eran prolifas ni filosóficas, sino sencillas, llanas y concisas. Su francés no era muy correcto; pero lo hablaba, lo propio que el italiano, desembarazada y claramente. Por desgracia la mayor parte de sus cartas han sido falsificadas (1). Su desmedido celo por el bien del pueblo, su austeridad estoica y su rudo sarcasmo se desprenden de muchas de sus manifestaciones, como puede verse por los siguientes fragmentos: «Todo lo que emprendo quiero verlo realizado en seguida; cuando mandé arreglar el Prater y el Augarten no busqué ningun árbol joven que solo pudiera servir á la posteridad, sino que escogí árboles bajo cuya sombra pudiésemos recrearnos yo y mis contemporáneos.» «El príncipe no debe pensar en una cosa con preferencia, sino que debe atender con igual solicitud á todo: yo debo justicia á todos, sin distincion de personas ni categorías.» «Toda reclamacion que se haga debe hacerse con pruebas irrefutables si se quiere que yo revoque un acuerdo ya tomado.» «Debemos proceder por iniciativa propia, sin tener presente en nuestra conducta mas que el bien del mayor número. El que no ama á su patria ni á sus conciudadanos, el que no se siente inflamado de gran celo por la conservacion de lo bueno, no ha nacido para los negocios y no es digno de recibir honores ni recompensas.» «El idioma alemán es el idioma universal de mi Estado; ¿por qué he de consentir que los asuntos de cada provincia se traten en su respectivo idioma nacional? Soy emperador del Imperio alemán, y en su consecuencia, los distintos Estados que poseo son provincias que forman, en union de todo el Estado, un cuerpo cuya cabeza represento.» «Mis guardias son mis súbditos; en su amor descansa mi seguridad.» «La pena de muerte no produce nunca aquel efecto que trae consigo toda pena grave continua, pues desaparece pronto y pronto es olvidada, al paso que la pena continua está siempre á la vista del público.» «Es muy conveniente preferir el bien general al particular de las distintas clases de hombres.» «Cuando el bien del Estado lo exige, deben callar todas las demás consideraciones.» «Nunca es excesiva la sinceridad con los amigos: yo creo que es un deber; pero en mí es naturaleza y costumbre.» «La agricultura y la industria son más importantes que el comercio.» «El suelo es el único manantial de donde nos viene todo y al cual confluye todo cuanto es útil al hombre. El cambio de los tiempos no introduce variacion alguna en este punto.» «La opinion de que los súbditos han recibido sus tierras de manos del soberano es tan absurda como si á un príncipe se le atojase que todos los dominios de su soberanía le pertenecen á él y no al país, ó bien que muchos millones de hombres han sido creados para él y no él para ellos, para servirles.» «Los privilegios y las libertades de una nobleza ó de una nacion no consisten en eximirse de las

cargas públicas.» «Yo acepto mis padecimientos personales, pero mientras me quede un átomo de fuerza física y moral, no dejaré de hacer lo que exigen el servicio y el bienestar de mi patria, sin pensar en las consecuencias que puedan resultar para la duracion y los placeres de mi existencia,» etc., etc.

José II fué el más grande de los monarcas de la familia de los Habsburgos-loreneses que reinaron en Austria. Como carácter político está muy por encima de los últimos Habsburgos, inclusa María Teresa, la cual era demasiado adicta á las antiguas ideas. Rápido en sus concepciones, tomábase, sin embargo, tiempo para la realizacion de sus proyectos, oía el parecer de sus ministros y, como sus antepasados, mostraba prevision y espíritu contemporizador, sin tener la perseverancia que tantas victorias había valido á los antiguos Habsburgos. Todos sus pensamientos y todos sus trabajos iban encaminados á aumentar el poder y la grandeza del Estado. En punto á política interior, siguió la misma senda que María Teresa, bien que con espíritu más libre y más frío y con tendencias más determinadas. Con tiempo se había formado un «sistema» como se le llamaba entonces, y ya en 1770 había publicado una memoria en la cual designaba los vicios de la vida del Estado y proponía para destruirlos una serie de medios que constituían un programa de su accion futura. Educado en una época de ilustracion, esta informó toda su existencia en la cual se reflejaban todos los inconvenientes y todas las ventajas de las nuevas ideas. Su educacion, su carácter y su raza hacían de él, no un adalid filosófico, sino un reformador del Estado, un combatiente político. Todo lo antiguo se consideró corrompido; lo que había quedado no fué reconocido como derecho; y se anunció un derecho nuevo como permanente. Conocidos son en general los principios fundamentales de José para restablecer la unidad y el poder absoluto del Estado. El Austria, agregado de elementos heterogéneos, debía convertirse en un Estado único, en el cual todas las provincias, todas las clases sin excepcion contribuyesen al bien comun (2). Mientras que la sociedad prestaba todavía en Austria tributo á la monarquía de Luis XIV con la preponderancia del trono y del clero, José apoyó su poder absoluto en la soberanía de la ley, con la igualdad de condicion para todas las clases, y con la independencia del espíritu y su aplicacion al bien de la comunidad. El poder del Estado debía tender, como una máquina de clara y sencilla aplicacion, á establecer leyes determinadas y comunes, estar en contacto con el pueblo y reunir todas las fuerzas para una sola accion. Para ello contaba José con la buena voluntad del pueblo y con el irresistible poder del éxito. Toda la Europa se hallaba entonces dominada por el llamado despotismo ilustrado que dejaba perecer las antiguas instituciones, como dice Tocqueville, y que amurallaba la libertad comun dentro de la vida privada. El sistema de José correspondía también á este despotismo ilustrado: como Federico II, tenía esta máxima: «el príncipe es el primer servidor, el administrador del Estado;» también Leopoldo II escribía en 1789: «Yo creo que el soberano, aun el que lo es por derecho hereditario, no es más que el funcionario delegado del pueblo.» Pero entre esta teoría y la práctica mediaba un abismo. ¡Ay de aquel que quería quebrantar la soberanía del príncipe! Todo debía estar sujeto á la voluntad del monarca. José quería que el gobierno gobernara, que la administracion administrara, que la policía vigilara y que los tribunales castigaran y corrigieran; pero todo según las leyes emanadas de su gobierno, de su voluntad y de su carácter. El mayor error que cometió durante toda su

(1) Especialmente en la coleccion de Chuselka.

(2) José á María Teresa, 1771. Arnetz, I, 353.